

LAS TRADICIONES GRIEGA Y LATINA REFERENTES A LA PROCESIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

El Santo Padre, en su homilía del 29 de junio de 1995 en la Basílica de S. Pedro, en presencia del Patriarca ecuménico Bartolomé I, expresaba el deseo de que se clarifique «la doctrina tradicional del Filioque, presente en la versión litúrgica del Credo latino, de modo que se ponga en evidencia su completa armonía con lo que el Concilio ecuménico de Constantinopla, en el 381, confiesa en su símbolo: al Padre como fuente de toda la Trinidad, único origen tanto del Hijo como del Espíritu Santo».

La clarificación que él ha pedido se publica aquí, a continuación, bajo la responsabilidad del Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos. Se quiere así contribuir al diálogo emprendido por la Comisión Mixta Internacional entre la Iglesia Católica y la Iglesia Ortodoxa.

En su primera Relación sobre *El Misterio de la Iglesia y de la Eucaristía a la luz del Misterio de la Santísima Trinidad*, la Comisión Mixta Internacional para el Diálogo Teológico entre la Iglesia Católica y la Iglesia Ortodoxa, aprobada por

Traducción española del Prof. Santiago del Cura Elena (Facultad de Teología del Norte de España, sede de Burgos, y U. P. de Salamanca) del texto en francés y en italiano publicado por *L'Osservatore Romano* el 13 de septiembre de 1995; cf. también *Irenikon* 68 (1995) 356-368.

unanimidad en Munich el 6 de julio de 1982, había mencionado la dificultad secular entre las dos Iglesias respecto al origen eterno del Espíritu Santo. La Comisión, al no poder tratar entonces el tema en sí mismo, en la primera etapa del diálogo, declaraba: «Sin querer resolver aún las dificultades suscitadas entre Oriente y Occidente en el tema de la relación entre el Hijo y el Espíritu, podemos decir ya juntos que este Espíritu, que procede del Padre (Jn 15,26), como única fuente en la Trinidad, y que es el Espíritu de nuestra filiación (Rom 8,15), pues es también el Espíritu del Hijo (Gál 4,6), nos es comunicado, particularmente en la Eucaristía por este Hijo, sobre el cual reposa en el tiempo y en la eternidad (Jn 1,32)» (para el original francés, cf. *Service d'Information*, del Secretariado para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, n. 49, p. 116, l. 6)¹⁴.

La Iglesia Católica reconoce el valor conciliar ecuménico, normativo e irrevocable, en cuanto expresión de la única fe común de la Iglesia y de todos los cristianos, del símbolo profesado en griego en Constantinopla, en el 381, por el segundo concilio ecuménico. Ninguna profesión de fe propia de una tradición litúrgica particular puede contradecir esta expresión de la fe enseñada y profesada por la Iglesia indivisa.

Este símbolo confiesa, sobre la base de Jn 15, 26, al Espíritu «τὸ ἐκ τοῦ Πατρὸς ἐκπορευόμενον» (que tiene su origen del Padre). Solamente el Padre es el principio sin principio (ἀρχὴ ἄθαρχος) de las otras dos personas trinitarias, la fuente (πηγὴ) única tanto del Hijo como del Espíritu Santo. El Espíritu Santo tiene, por tanto, su origen del Padre solo (ἐκ μόνου τοῦ Πατρὸς) de manera principal, propia e inmediata¹⁵.

Los Padres griegos y todo el Oriente cristiano hablan a este respecto de la «monarquía del Padre» y también la tradición occidental, siguiendo a S. Agustín, confiesa que el Espíritu Santo tiene su origen del Padre «*principaliter*», es decir, a título de principio (*De Trinitate*, XV, 25, 47, PL 42, 1094-1095). En este sentido, por tanto, las dos tradiciones reconocen que la «monarquía del Padre» implica que el Padre sea la única Causa (Αἰτία) trinitaria o principio (*principium*) del Hijo y del Espíritu Santo.

¹⁴ Citamos aquí por el texto en español: GM 1/nn. 1.152-1.173 (n. 1.160).

¹⁵ Son los términos que emplea Sto. Tomás de Aquino en la *Summa Theologica*. I^a q. 36 a.3. 1um et 2um.

Este origen del Espíritu Santo a partir del Padre solo como principio de toda la Trinidad es llamado ἐκπόρευσις por la tradición griega, siguiendo a los Padres Capadocios. En efecto, S. Gregorio Nacianceno, el Teólogo, caracteriza la relación de origen del Espíritu a partir del Padre mediante el término propio de ἐκπόρευσις, que él distingue del de procepción (τὸ προϊέναι), que el Espíritu tiene en común con el Hijo: «El Espíritu es verdaderamente el Espíritu procedente (προϊόν) del Padre, no por filiación, ya que no es por generación, sino por ἐκπόρευσις» (*Discurso* 39, 12, *Sources chrétiennes* 358, p. 175). Incluso si acontece que S. Cirilo de Alejandría aplica a veces el verbo ἐκπορευέσθαι a la relación de origen del Hijo a partir del Padre, no la emplea jamás para la relación del Espíritu con el Hijo (cf., entre otros, *Comentario sobre S. Juan*, X, 2, PG 74, 910D; *Ep.* 55, PG 77, 316D). Incluso en S. Cirilo, el término de ἐκπόρευσις, a diferencia del término «proceder» (προϊέναι), no puede caracterizar más que una relación de origen con el principio sin principio de la Trinidad: el Padre.

Por esta razón, el Oriente ortodoxo ha rechazado siempre la fórmula τὸ ἐκ τοῦ Πατρὸς καὶ τοῦ Υἱοῦ ἐκπορευόμενον y la Iglesia católica ha rechazado que se añada καὶ τοῦ Υἱοῦ a la fórmula ἐκ τοῦ Πατρὸς ἐκπορευόμενον en el texto griego del símbolo de Nicea-Constantinopla, también en su uso litúrgico por parte de los Latinos.

Con ello, el Oriente ortodoxo no rechaza, sin embargo, toda relación eterna entre el Hijo y el Espíritu Santo en su origen a partir del Padre. San Gregorio de Nacianzo, gran testigo de nuestras dos tradiciones, contra Macedonio, que preguntaba: «¿Qué falta, entonces, al Espíritu Santo para ser el Hijo, ya que si no le faltase nada sería el Hijo?», precisaba: «Nosotros decimos que no le falta nada, porque nada falta a Dios; pero es la diferencia de la manifestación, si puedo decirlo así, o de la relación entre ellos (τῆς πρὸς ἄλληλα σχέσεως διάφορον) lo que crea también la diferencia de su apelación» (*Discurso* 31, 9, *Sources chrétiennes* n. 250, p. 290-292).

En todo caso, el Oriente ortodoxo expresa felizmente esta relación con la fórmula διὰ τοῦ Υἱοῦ ἐκπορευόμενον (que tiene su origen del Padre por medio o a través del Hijo). Ya S. Basilio decía del Espíritu Santo: «Por medio del Hijo (διὰ τοῦ Υἱοῦ), que es uno, él se une al Padre, que es uno, y completa con él mismo la bienaventurada Trinidad, digna de toda alabanza» (*Tratado sobre el Espíritu Santo*, XVIII. 45, *Sources*

chrétiennes 17 bis, p. 408). San Máximo el Confesor dice: «Por naturaleza (φύσει), el Espíritu Santo, en su ser (κατ' οὐσίαν) tiene substancialmente (οὐσιωδῶς) su origen (ἐκπορευόμενον) del Padre por medio del Hijo engendrado (δι' Υἱοῦ γεννηθέντος)» (*Quaestiones ad Thalassium*, LXIII, PG 90, 672C). Esto se reencontra en S. Juan Damasceno: «(ὁ Πατήρ) ἀεὶ ἦν, ἔχων ἐξ, ἑαυτοῦ τον αὐτοῦ λόγον καὶ διὰ τοῦ λόγον αὐτοῦ ἐξ ἑαυτοῦ τὸ Πνεῦμα αὐτοῦ ἐκπορευόμενον», que se traduce así: «Yo digo que Dios es siempre Padre teniendo siempre a partir de sí mismo a su Verbo, y, por su Verbo, teniendo su Espíritu proveniente a partir de él» (*Dialogus contra Manichaeos* 5, PG 94, 1512B, ed. B. Kotter, [Berlín 1981], p. 354; cf. también PG 94, 848-849A). Este aspecto del misterio trinitario ha sido confesado también ante el séptimo concilio ecuménico, reunido en Nicea, en el 787, por el patriarca de Constantinopla S. Tarasio, que desarrolla así el símbolo: «τὸ Πνεῦμα τὸ ἅγιον τὸ κύριο καὶ ζωοποιόν τὸ ἐκ τοῦ Πατρὸς δια τοῦ Υἱοῦ ἐκπορευόμενον» (Mansi XII, 1122D).

Este conjunto doctrinal es testimonio de la fe trinitaria fundamental, como la han profesado en común Oriente y Occidente durante la época de los Padres. Es la base que debe servir para la continuación del diálogo teológico en curso entre católicos y ortodoxos.

La doctrina del *Filioque* debe ser comprendida y presentada por la Iglesia católica de tal modo que no pueda parecer contradecir la monarquía del Padre ni el hecho de que él es el solo origen (ἀρχή, αἰτία) de la ἐκπόρευσις del Espíritu. En efecto, el *Filioque* se sitúa en un contexto teológico y lingüístico diferente del de la afirmación de la sola monarquía del Padre, único origen del Hijo y del Espíritu. Contra el arrianismo, todavía virulento en Occidente, el *Filioque* estaba destinado a poner de relieve el hecho de que el Espíritu Santo es de la misma naturaleza divina que el Hijo, sin poner en cuestión la única monarquía del Padre.

Nosotros presentamos aquí el sentido doctrinal auténtico del *Filioque* sobre la base de la fe trinitaria del símbolo profesado por el segundo concilio ecuménico de Constantinopla. Damos esta interpretación autorizada, siendo totalmente conscientes de la inadecuación del lenguaje humano para expresar el misterio inefable de la Santa Trinidad, Dios único, que sobrepasa nuestras palabras y nuestros pensamientos.

* * *

La Iglesia Católica interpreta el *Filioque* teniendo como referencia el valor conciliar y ecuménico, normativo e irrevocable, de la confesión de fe sobre el origen eterno del Espíritu Santo tal como la definió en el 381 el concilio de Constantinopla en su símbolo. Este símbolo no fue conocido y recibido por Roma sino con ocasión del concilio ecuménico de Calcedonia en el 451. En el entretiempro, sobre la base de la tradición teológica latina anterior, algunos Padres de la Iglesia de Occidente como S. Hilario, S. Ambrosio, S. Agustín y S. León el Grande, habían confesado que el Espíritu Santo procede (*procedit*) eternamente del Padre y del Hijo².

Así como la Biblia latina (la Vulgata y las tradiciones latinas anteriores) había traducido Jn 15,26 (παρά τοῦ Πατρὸς ἐκπορεύεται) por «*qui a Patre procedit*», los latinos tradujeron el «ἐκ τοῦ Πατρὸς ἐκπορευόμενον» del símbolo de Nicea-Constantinopla por «*ex Patre procedentem*» (Mansi VII, 112B). Se creaba así involuntariamente una falsa equivalencia a propósito del origen eterno del Espíritu entre la teología oriental de la ἐκπόρευσις y la teología latina de la *processio*.

² Fue Tertuliano quien puso los fundamentos de la teología trinitaria en la tradición latina, basándose en la comunicación substancial del Padre al Hijo y, por medio del Hijo, al Espíritu Santo: «Cristo dice del Espíritu: él recibirá de lo mío' (Jn 16,14), como él del Padre. Así, la conexión del Padre en el Hijo y del Hijo en el Paráclito hace a los tres coherentes, al uno a partir del otro. Los tres son una sola realidad (*unum*), no uno solo (*unus*), a causa de la unidad de substancia y no de la singularidad numérica» (*Adv. Praxean* XXV, 1-2). Esta comunicación de la consubstancialidad divina según el orden trinitario la expresa Tertuliano mediante el verbo «*procedere*» (*ibid.*, VII,6). Esta misma teología se reencontra en Hilario de Poitiers, quien dice al Padre: «Que yo obtenga tu Espíritu, el cual es a partir de tí por medio de tu Hijo único» (*De Trinitate*, XII, PL 10, 471). Y hace notar: «Si se cree que hay una diferencia entre recibir del Hijo (Jn 16,15) y proceder (*procedere*) del Padre (Jn 15,26), es cierto que constituye una sola e idéntica cosa recibir del Hijo y recibir del Padre» (*ibid.* VIII, 20, PL 10, 251A). Es en este sentido de la comunicación de la divinidad por medio de la procesión como S. Ambrosio de Milán formula por vez primera el *Filioque*: «El Espíritu Santo, cuando procede (*procedit*) del Padre y del Hijo, no se separa del Padre, no se separa del Hijo» (*De Spiritu Sancto* I, 11, 120, PL 16, 733A = 762D). Desarrollando la teología del *Filioque*, S. Agustín tomará, no obstante, la precaución de salvaguardar la monarquía del Padre en el seno de la comunión consubstancial de la Trinidad: «El Espíritu Santo procede del Padre a título de principio (*principaliter*) y, por el don intemporal de éste al Hijo, procede del Padre y del Hijo en comunión (*communiter*)» (*De Trinitate* XV, 25, 47, PL 42, 1095); S. León, *Sermo* LXXV, 3, PL 54, 402; *Sermo* LXXVI, 2, *ibid.*, 404).

La ἐκλόρευσις griega no significa sino la relación de origen respecto al Padre solo en cuanto principio sin principio de la Trinidad. A su vez, la *processio* latina es un término más común que significa la comunicación de la divinidad consubstancial del Padre al Hijo y del Padre por y con el Hijo al Espíritu Santo³. Confesando al Espíritu Santo «*ex Patre procedentem*», los latinos no podían, por tanto, más que suponer un *Filioque* implícito que sería explicitado más tarde en su versión litúrgica del símbolo.

El *Filioque* ha sido confesado en Occidente a partir del s. V por el símbolo *Quicumque* (o «*atanasiano*», DS 75) y después por los concilios de Toledo en la España visigótica, entre el 589 y el 693 (DS 470, 485, 490, 527, 568) para afirmar la consubstancialidad trinitaria. Aunque estos concilios quizás no lo hayan insertado en el símbolo de Nicea-Constantinopla, el *Filioque* se encuentra con seguridad ya incluido en él desde finales del s. VIII, como lo testimonian las actas del concilio de Aquileia-Friuli en 796 (Mansi XIII, 836D ss) y del concilio de Aquisgrán en el 809 (Mansi XIV, 17). En el s. IX, sin embargo, el Papa León III, preocupado por guardar la unidad con Oriente en la confesión de fe, se resistió frente a Carlomagno

³ Tertuliano es el primero en emplear el verbo *procedere* en un sentido que es común al Verbo y al Espíritu, en cuanto que éstos reciben del Padre la divinidad: «El Verbo no ha sido proferido a partir de algo vacío y vano y no carece de substancia, él que ha procedido (*processit*) de una tal substancia (divina) y ha hecho tantas substancias (creadas)» (*Adv. Praxean* VII, 6). San Agustín, siguiendo a S. Ambrosio, retoma esta concepción más común de la procesión: «Todo lo que procede no nace ciertamente, si bien todo lo que nace procede» (*Contra Maximinum*, II, 14, 1. PL 42, 770). Mucho más tarde, Sto. Tomás de Aquino hará notar que «la naturaleza divina es comunicada en toda procesión que no es *ad extra*» (*Summa Theologica*. I^a, q. 27, a. 3, 2^{um}). Para él, así como para toda esta teología latina que utiliza el término de procesión tanto para el Hijo como para el Espíritu, «la generación es una procesión que pone a la persona divina en posesión de la naturaleza divina» (*ibid.*, I^a, q. 43, a. 2, c), ya que «desde toda la eternidad, el Hijo procede para ser Dios» (*ibid.*). «Entre las palabras que se refieren a un origen cualquiera, la palabra procesión es la más general. Nosotros hacemos uso de ella para designar cualquier origen; se dice, por ejemplo, que la línea procede del punto, que el rayo procede del sol, que el río procede de la fuente, e igualmente en todo tipo de otros casos. Así, por el hecho de admitir que la una o la otra de estas palabras evocan el origen, se puede concluir que el Espíritu Santo procede del Hijo» (*ibid.*, I^a, q. 36, a. 2, c).

a este desarrollo del Símbolo, que se había extendido espontáneamente en Occidente, salvaguardando al mismo tiempo la verdad que el *Filioque* comporta. Roma no lo admitió en la versión latina litúrgica del Credo hasta el año 1014.

Una teología análoga se había desarrollado en la época patrística, en Alejandría, a partir de S. Atanasio. Como en la tradición latina, ésta se expresaba con el término más común de procesión (προϊέναι), que designa la comunicación de la divinidad al Espíritu Santo a partir del Padre y del Hijo en su comunión consubstancial: «El Espíritu procede (προεῖσι) del Padre y del Hijo; es evidente que es de substancia divina, procedente (προϊόν) substancialmente (σσιωδῶς) en ella y de ella» (S. Cirilo de Alejandría, *Thesaurus*, PG 75, 585 A)⁴.

En el siglo VII, los Bizantinos se escandalizaron por una confesión de fe del Papa que incluía el *Filioque* a propósito de la procesión del Espíritu Santo, procesión que ellos traducían inexactamente por ἐκπόρευσις. San Máximo el Confesor escribió entonces desde Roma una carta, que articula conjuntamente las dos aproximaciones comprensivas, capadocia y latino-alejandrina, del origen eterno del Espíritu: el Padre es el solo principio sin principio (en griego αἴτια) del Hijo y del Espíritu; el Padre y el Hijo son fuente consubstancial de la procesión (τὸ προϊέναι) de este mismo Espíritu. «Sobre la procesión, ellos (los Romanos) han invocado los testimonios de los Padres latinos, además, naturalmente, de S. Cirilo de Alejandría, en el sagrado estudio que él hizo sobre el Evangelio de S. Juan. Partiendo de tales testimonios, han mostrado que ellos mismos no hacen del Hijo la Causa (Αἴτια) del Espíritu —saben, en efecto, que el Padre es la Causa única del Hijo y del Espíritu, del uno por generación y del otro por ἐκπόρευσις—, pero han explicado que éste proviene (προϊέναι) a través del Hijo y han mostrado así la unidad y la inmutabilidad de la esencia» (*Carta a Marino de Chipre*, PG 91, 136A-B).

⁴ S. Cirilo da testimonio, con esto, de una doctrina trinitaria común a toda la escuela de Alejandría desde S. Atanasio, el cual escribía: «Así como el Hijo dice: 'todo lo que el Padre posee, es mío' (Jn 16,15), así encontraremos que, por medio del Hijo, todo esto es también en el Espíritu» (*Carta a Serapión*, III, 1, 33, PG 26, 625B). San Epifanio de Salamina (*Ancoratus*, VIII, PG 43, 29C) y Dídimo el Ciego (*Tratado del Espíritu Santo*, CLIII, PG 34, 1064A) coordinan al Padre y al Hijo con la misma preposición *ek* en la comunicación al Espíritu Santo de la divinidad consubstancial.

Según San Máximo, quien refleja aquí el pensamiento de Roma, el *Filioque* no concierne a la ἐκπόρευσις del Espíritu salido del Padre en cuanto fuente de la Trinidad, sino que manifiesta su προίεναι (*processio*) en la comunión substancial del Padre y del Hijo, excluyendo una eventual interpretación subordinacionista de la monarquía del Padre.

El hecho de que en la teología latina y alejandrina el Espíritu Santo proceda (προεῖσι) del Padre y del Hijo en su comunión consubstancial, no significa que sea la esencia o la substancia divina lo que procede en el Espíritu Santo, sino que ésta le es comunicada a partir del Padre y del Hijo que la poseen en común. Este punto ha sido confesado dogmáticamente en 1215 por el IV Concilio de Letrán: «La substancia no engendra, ni es engendrada, ni procede, sin que el Padre es el que engendra, el Hijo es quien es engendrado y el Espíritu Santo es el que procede. De modo que las distinciones están en las personas y la unidad en la naturaleza. Aun cuando el Padre sea 'otro' (*alius*), y otro el Hijo y otro el Espíritu Santo, sin embargo no son otra cosa (*aliud*). Sino que lo que es el Padre, lo mismo absolutamente es el Hijo y el Espíritu Santo; así, según la fe ortodoxa y católica, creemos que son consubstanciales. Porque el Padre, engendrando eternamente al Hijo, le ha dado su substancia (...) Es, pues, evidente, que el Hijo, al nacer, recibió sin disminución alguna la substancia del Padre; y así, el Hijo y el Padre tienen la misma substancia. Y, de este modo, el Hijo y el Padre son la misma cosa; y también el Espíritu Santo que procede de ambos» (DS 804-805).

En 1274, el segundo concilio de Lyon confesó que «el Espíritu Santo procede eternamente del Padre y del Hijo, no como de dos principios, sino como de un solo principio (*tamquam ex uno principio*)» (DS 850). Es claro, a la luz del Concilio de Letrán que precedió al II concilio de Lyon, que no es la esencia divina lo que puede ser «el principio único» de la procesión del Espíritu Santo. El *Catecismo de la Iglesia Católica* interpreta esta fórmula de la manera siguiente en el n. 248: «El orden eterno de las personas divinas en su comunión consubstancial implica que el Padre sea el origen primero del Espíritu en tanto que 'principio sin principio' (DS 1331), pero también que, en cuanto Padre del Hijo Único, sea con él 'el único principio de que procede el Espíritu Santo' (II Concilio de Lyon, DS 850).

Para la Iglesia católica, «la tradición oriental expresa en primer lugar el carácter de origen primero del Padre por relación al Espíritu Santo. Al confesar al Espíritu como 'salido del Padre' («ἐκ τοῦ Πατρὸς ἐκπορευόμενον», cf. Jn 15,26), afirma que éste tiene su origen del Padre por medio del Hijo. La tradición occidental expresa en primer lugar la comunión consubstancial entre el Padre y el Hijo diciendo que el Espíritu procede del Padre y del Hijo (*Filioque*)... Esta legítima complementariedad, si no se desorbita, no afecta a la identidad de la fe en la realidad del mismo misterio confesado» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 248). Consciente de esto, la Iglesia Católica ha rechazado que se añada un καὶ τοῦ Υἱοῦ ἐκπορευόμενον a la fórmula εκ τοῦ Πατρὸς ἐκπορευόμενον del Símbolo de Nicea-Constantinopla en las Iglesias, también de rito latino, que lo utilizan en griego; la utilización litúrgica de este texto original ha permanecido, en efecto, siempre como algo legítimo en la Iglesia Católica.

Si está correctamente situado, el *Filioque* de la tradición latina no debe conducir a una subordinación del Espíritu Santo en la Trinidad. Incluso si la doctrina católica afirma que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo en la comunicación de su divinidad consubstancial, reconoce en no menor medida la realidad de la relación original que el Espíritu Santo mantiene en cuanto persona con el Padre, relación que los Padres griegos expresan con el término de ἐκπόρευσις⁵.

De modo semejante, incluso si en el orden trinitario el Espíritu Santo es consecutivo a la relación entre el Padre y el Hijo, ya que tiene su origen del Padre en cuanto que es Padre del Hijo único⁶, es en el Espíritu donde esta relación entre el Padre y el Hijo alcanza ella misma su perfección trinitaria. Al igual que el Padre se caracteriza como Padre por el Hijo a quien él engendra, igualmente el Espíritu Santo, teniendo del Padre su origen, lo caracteriza de manera trinitaria en su relación con el Hijo y caracteriza de manera trinitaria al Hijo

⁵ «Las dos relaciones, la del Hijo con el Padre y la del Espíritu Santo con el Padre, nos obligan a poner en el Padre dos relaciones, refiriendo la una al Hijo y la otra al Espíritu Santo» (Sto. Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I^a, q. 32, a. 2, c).

⁶ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 248.

en su relación con el Padre: en la plenitud del misterio trinitario son Padre e Hijo en el Espíritu Santo⁷.

El Padre no engendra al Hijo sino espirando (en griego προβάλλειν por medio de él al Espíritu Santo, y el Hijo no es engendrado por el Padre sino en la medida en que la espiración (προβολή en griego) pasa a través de él. El Padre no es Padre del Hijo único sino siendo para él y por medio de él el origen del Espíritu Santo⁸.

El Espíritu no precede al Hijo, ya que el Hijo caracteriza como Padre al Padre de quien el Espíritu tiene su origen, lo cual constituye el orden trinitario⁹. Pero la espiración del Espíritu a partir del Padre se hace por medio de y a través de (son los dos sentidos de διά en griego) la generación del Hijo, al que caracteriza de manera trinitaria. En este sentido dice S. Juan Damasceno: «El Espíritu Santo es una potencia substancial, que es contemplada en su propia hipótesis distinta, la cual procede del Padre y reposa en el Verbo» (*La fe ortodoxa* I, 7: PG 94, 805B, ed. B. Kotter [Berlín 1973] 16; *Dialogus contra Manichaeos* 5, PG 94, 1512B, ed. B. Kotter, Berlín 1981, p. 354)¹⁰.

⁷ S. Gregorio de Nazianzo afirma que «el Espíritu Santo es un término medio (meson) entre el Inengendrado y el Engendrado» (*Discurso* 31,8: *Sources Chrétiennes*, n. 250, p. 290). Cf. también, en una perspectiva tomista, G. Leblond, «Point de vue sur la procession du Saint-Esprit», *Revue Thomiste* LXXXVI, t. 78 (1978) 293-302.

⁸ S. Cirilo de Alejandría dice que «el Espíritu Santo desciende del Padre en el Hijo (εν τῷ Υἱῳ)» (*Thesaurus* XXXIV, PG 75, 577A).

⁹ San Gregorio de Nisa escribe: «El Espíritu Santo es dicho del Padre y está afirmado que él es del Hijo: 'Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, dice S. Pablo, no le pertenece' (Rom 8,9). Por tanto, el Espíritu que es de Dios (el Padre), es también el Espíritu de Cristo. Sin embargo, del Hijo, que es de Dios (el Padre), no se dice que es del Espíritu: la secuencia de la relación no puede ser invertida» (Fragmento *In orationem dominicam*, citado por S. Juan Damasceno, PG 46, 1109BC). Y san Máximo afirma de la misma manera el orden trinitario, cuando escribe: «Al igual que el Pensamiento (el Padre) es principio del Verbo, así también lo es del Espíritu por medio del Verbo. Y, así como no se puede decir que el Verbo (la Palabra) es de la voz (el Aliento), así no se puede decir que el Verbo es del Espíritu» (*Quaestiones et dubia*: PG 90, 813B).

¹⁰ Sto. Tomás de Aquino, que conocía la *La fe ortodoxa*, no ve oposición entre el *Filioque* y esta expresión de S. Juan Damasceno: «Decir que el Espíritu Santo reposa o permanece en el Hijo no excluye que proceda de él; pues se dice también que el Hijo permanece en el Padre, si bien procede del Padre» (*Summa Theologica*, I^a, q. 36, a. 2, 4um).

¿Cuál es este carácter trinitario que la persona del Espíritu Santo aporta a la relación misma entre el Padre y el Hijo? Se trata de la función original del Espíritu en la economía respecto a la misión y a la obra del Hijo. El Padre es el amor en su fuente (cf. 2 Cor 13,13; 1 Jn 4,8.16), el Hijo es «el Hijo de su amor» (Col 1,14). Y así, igualmente, una tradición que se remonta a S. Agustín ha visto en «el Espíritu Santo que ha derramado en nuestros corazones el amor de Dios» (Rom 5,5) al amor en cuanto Don eterno del Padre a su «Hijo predilecto» (Mc 1,9; 9,7; Lc 20,13; Ef 1,6)¹¹.

El amor divino, que tiene su origen en el Padre, reposa en «el Hijo de su amor» para existir consubstancialmente por medio de éste en la persona del Espíritu, el Don de amor. Esto da cuenta del hecho de que el Espíritu Santo orienta a través del amor toda la vida de Jesús hacia el Padre en el cumplimiento de su voluntad. El Padre envía a su Hijo (Gal 4,4), cuando María lo concibe por obra del Espíritu Santo (cf. Lc 1,35). Éste manifiesta a Jesús como Hijo del Padre en el bautismo, reposando sobre él (cf. Lc 3,21-22; Jn 1,33). Conduce a Jesús al desierto (cf. Mc 1,12). Jesús retorna «lleno del Espíritu Santo» (Lc 4,1), después comienza él su ministerio «con la potencia del Espíritu» (Lc 4,14). Exulta de alegría en el Espíritu bendiciendo al Padre por su designio benévolo (cf. Lc 10,21). Elige a sus apóstoles «bajo la acción del Espíritu Santo» (Hech 1,2). Expulsa a los demonios por el poder del Espíritu (Mt 12,28). Se ofrece a sí mismo al Padre «por medio de un Espíritu eterno» (Heb 9,14). Sobre la cruz, «entrega su Espíritu» en las manos del Padre (Lc 23,46). Es «en él» como desciende a los infiernos (1Ped 3,19) y por medio de él como es resucitado (cf. Rom 8,11) y «como es establecido Hijo de Dios en su poder» (Rom 1,4)¹².

¹¹ Sto. Tomás de Aquino escribe, siguiendo a S. Agustín: «Si se dice del Espíritu Santo que permanece en el Hijo, es a la manera en que el amor de aquel que ama reposa en el amado» (*Summa Theologica*, I^a, q. 36, a.2, 4^{um}). Esta doctrina del Espíritu Santo como amor ha sido asumida armoniosamente por S. Gregorio Pálamas en el interior de la teología griega de la ἐκπόρευσις a partir del Padre solo: «El Espíritu del Verbo Altísimo es como un amor indecible del Padre para con este Verbo engendrado indeciblemente. Amor que este mismo Verbo e Hijo amado del Padre despliega (χρηται) respecto al Padre: pero en tanto en cuanto que él (el Verbo) tiene el Espíritu que proviene con él (συνπροελθόντα) del Padre y que reposa connaturalmente en él» (*Capita physica* XXXVI, PG 150, 1144D-1145A).

¹² Cf. Juan Pablo II, Encíclica *Dominum et Vivificantem*, nn. 18-24, AAS, LXXVIII, 1986, pp. 826-831. Cf., también, *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 438, 689, 690, 695, 727.

Esta función del Espíritu en lo más íntimo de la existencia humana del Hijo de Dios hecho hombre deriva de una relación trinitaria eterna, por la cual el Espíritu caracteriza en su misterio de Don de amor la relación entre el Padre como fuente de amor y su Hijo predilecto.

El carácter original de la persona del Espíritu como Don eterno del amor del Padre para su Hijo predilecto manifiesta que el Espíritu, aún derivando del Hijo en su misión, es el que introduce a los hombres en la relación filial de Cristo con su Padre, pues esta relación no encuentra su carácter trinitario más que en él: «Dios ha enviado en nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que grita: ¡Abba, Padre!» (Gál 4,6). En el misterio de la salvación y en la vida de la Iglesia, el Espíritu hace, por tanto, mucho más que prolongar la obra del Hijo. En efecto, todo lo que Cristo ha instituido, la revelación, la Iglesia, los sacramentos, el ministerio apostólico y su magisterio, requiere la invocación constante (ἐπίκλησις) del Espíritu Santo y su acción (ἐνέργεια para que se manifieste «el amor que no pasa jamás» (1Cor 3,18) en la comunión de los santos en la vida trinitaria.